

Escribir sin papel

Ellos y tú



EL PACTO (I)

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



EL PACTO (I)

La noticia de que Fidel Castro había sido ingresado en una clínica de La Habana para que se le realizara una intervención quirúrgica grave hizo que se multiplicaran las noticias, los artículos y las opiniones en toda la prensa. La figura de Fidel volvía a resplandecer con todo su fulgor, demostrando que era un referente de la izquierda mundial, o por lo menos de la española. Como la información se daba en dosis muy medidas y, lo nunca visto, los informes oficiales sobre el desarrollo de la dolencia y el tratamiento los redactaba el propio enfermo (su salud era, según él, una cuestión de estado), las opiniones y las visiones sobre la Cuba de Fidel eran lo que más poblaba las páginas de los diarios. Unos reconocían su valor, recordando su sempiterno desafío al gigante imperialista y sus logros en política social dentro de la isla; otros lamentaban que su régimen hubiese convertido a Cuba en una cárcel en la que lo que se repartía era tan sólo miseria y falta de expectativas.

En ese clima, tuve una conversación con un conocido, manifiestamente izquierdista de pura cepa, por edad y pensamiento un auténtico progre. Me sorprendí a mí mismo rebatiéndole las bondades de la Cuba castrista. A mí me parecía que hace ya muchos años que Castro ha dejado de ser un político de futuro que pueda suponer cualquier tipo de ilusión para los ciudadanos gobernados por él. Y hace muchísimos más que dejó de ser un revolucionario antiimperialista para convertirse en un dictador que ejecuta, sepulta en mazmorras o humilla públicamente a sus conciudadanos que no piensan que él y su obra son lo mejor para Cuba. Mi amigo defendía que era el único que aún planta cara a los Estados Unidos, que es el único que no hace seguidismo de las políticas oficiales de occidente, marcadas todas ellas por los poderes económicos del mundo y encaminadas a perpetuar la supremacía de occidente sobre el resto del mundo.

Hace tan sólo algunos años yo habría dicho lo mismo que él, me habría fijado en esos aspectos más atractivos de Fidel que en las sombras de su régimen. Pero ya hace tiempo que prefiero no cerrar los ojos ante la comparación de lo que yo tengo en un país occidental y lo que Fidel ofrece a los cubanos.

Una semana más tarde mantuve otra conversación con otro conocido, un francés que roza los treinta años. El tema era esta vez el no que los franceses habían dado al proyecto de constitución para Europa en el referéndum celebrado unos meses antes. Él había votado no y explicaba que se trataba de un proyecto para crear una Europa de ricos, de grandes magnates y economistas, que olvidaba a los pobres y que no era solidaria.

Prefería decir no ahora y forzar a los gobernantes a incluir en los textos medidas que humanizaran la política europea. Pero yo, que entendía que no se trataba de una constitución como tal, sino de unas pautas de trabajo común de un grupo de países en lo tocante a economía y a política laboral, social y diplomática, le argumentaba que ese era el único camino viable, que Europa debía ser una unidad en algunos asuntos y que eso garantizaba que se pudiesen seguir haciendo política de solidaridad o sociales.

Mi amigo dijo que él no lo entendía así, que no le gustaba y que él, a la vista de lo que se ofrecía, reclamaba el derecho a decir no.

Y fue precisamente eso que dijo lo que me hizo reflexionar. Yo, hace algunos años, reclamaba para mí ese derecho a decir no a lo que se me ponía delante como algo recomendable. Decir no. Esa era la postura contestataria que nos quedaba para seguir siendo de izquierdas cuando la imagen de la Revolución Social se desdibujaba de nuestras vidas.

Y ahora estaba diciendo sí. ¿Renunciaba a la última carta de identidad de la izquierda que yo mismo me había dejado?

Hace años, por la década de los setenta, la cuestión del posicionamiento político era algo muy bien definido. Se trataba de que, una vez que el individuo había tomado conciencia política, escogiera entre las opciones que se le ofrecían. Así, por convicción, se hacía uno derechista liberal, derechista católico, socialdemócrata, socialista, comunista o anarquista. Cada una de las opciones tenía un credo, un corpus de obras más o menos antiguas que la definían hasta en los más mínimos detalles, unos representantes teóricos y unos representantes políticos actuales. Había formaciones políticas que acogían al que comulgaba con esas ideas y, si se daba el caso de que se convocaran elecciones, podía uno votar a esos partidos.

Podía suceder que uno estuviese cómodo con un determinado credo pero no con todo él, sino que encontrara defectos de detalle. Para eso estaban las modalidades de ideología, los apellidos: se podía ser comunista leninista, comunista maoista, comunista trotskista o eurocomunista. Se podía ser anarcocomunista o anarcosindicalista o anarquista tolstoyanista, colectivista o individualista. Era difícil que uno no encontrara el lugar apropiado a su sensibilidad política. Pero todas estas ideologías tenían una definición precisa y podían explicar sus diferencias teóricas con las otras ideologías. Tenían una base filosófica y una aplicación en la realidad, aunque fuese sólo ficticia porque nadie la había puesto aún en práctica.

Una vez que el ciudadano se había definido políticamente, se trataba de defender los postulados de su ideología en todas las conversaciones.

Por entonces, ser de izquierdas era ser anarquista, comunista o socialista. Con matices, todos compartían algunas cosas. Por ejemplo, la

persona de izquierdas era antiamericanista y no tomaba cocacola ni iba a las pocas hamburgueserías que había en España. Se miraba con desprecio los triunfos de los atletas estadounidenses en las olimpiadas. Nadie admiraba el modo de vida americano, en el que sólo había defectos y deshumanización. La persona de izquierdas veía en cambio con buenos ojos a Fidel Castro porque era el hombre que hacía frente al gigante, el que lideraba una revolución contra los Estados Unidos. El régimen de Cuba se defendía a toda costa, negando que hubiera un lado oscuro y resaltando tan sólo la educación y la sanidad universales en la isla. Silvio Rodríguez y Pablo Milanés eran los mejores embajadores: estaban en todas y cada una de las casas de los izquierdistas explicando su mensaje a todas horas.

Por la misma razón, se odiaba a todos los dictadores sudamericanos apoyados por los Estados Unidos, en especial a Augusto Pinochet, que llegó a convertirse (por méritos propios, bien es verdad) en el representante de las nuevas formas de fascismo más atroz e inhumano, lo que antes fue Adolfo Hitler. Y por lo mismo, se siguió con mucha atención el proceso revolucionario de Nicaragua, que llevó al poder a un régimen que sintonizaba con el castrismo cubano, expulsando a un tirano corrupto e inepto llamado Anastasio Somoza.

La persona de izquierdas sabía que la España contemporánea era el resultado de una guerra y de una dictadura larga y muy represiva, que aún tenía partidarios: los fachas. Todo lo que se asociaba al régimen de Francisco Franco era repudiado: autoridades, símbolos, la idea de España como unidad indisoluble, el nacionalismo español, el catolicismo y sus formas, etc. También otros aspectos más sociales y menos políticos, como el culto al Real Madrid, el gusto por los toros, la canción española. De manera que podía uno conocer muy bien a un cantante francés o peruano, pero no se podía de ninguna manera conocer a Emilio el Moro o Marifé de Triana. Y los cantantes de éxito se asociaban al sistema y a la producción consumista, por lo que se escuchaba a Mirelle Matieu, pero no a Raphael.

Se saludaba con alegría todo lo que el régimen fascista había perseguido, en especial la fuga del centralismo. Hasta llegó a haber formaciones que preconizaban el independentismo de Al-Andalus con una lengua propia (la que hablaban los moriscos expulsados de Granada: yo llegué a ver una gramática y método de aprendizaje de esa lengua), recuperando en gran medida la identidad musulmana. Todo lo que sonara a identidad regional era bueno porque huía de la España de Franco y porque recuperaba la esencia del pueblo (del pueblo aragonés, del andaluz, del extremeño, del catalán, etc.).

La persona de izquierdas pensaba que la burguesía era una clase social adinerada que se sostenía y sostenía sus privilegios apoyándose en el esfuerzo y el sufrimiento de la clase obrera, sin que ese sufrimiento la conmoviera nunca. Eran burgueses los industriales, los propietarios de comercios, los propietarios agrícolas. Eran trabajadores los que trabajaban

por cuenta ajena, en especial los que llevaban un mono para trabajar. La idea se completaba con la convicción de que los trabajadores eran de izquierdas y querían un cambio social que repartiera la riqueza y liberara a todos para entrar en el futuro solidario, pero los burgueses eran todos de derechas y luchaban desde dentro con sus leyes y sus presiones comerciales para alienar al trabajador y perpetuar la situación. Que nada cambie, quería el burgués; que cambie todo, quería el obrero.

La persona de izquierdas aplaudía, o al menos no criticaba, la existencia de ETA y sus actos terroristas, porque sacudían al régimen franquista o a lo que quedaba de él. ETA luchaba contra el nacionalismo español y eran además socialistas convencidos. La sangre que vertían era la de los enemigos, no la de la gente de izquierdas.

El ejército era, al menos en España, un instrumento del fascismo. Todos los mandos, desde el primero hasta el último, eran una amenaza contra la democracia y conspiraban constantemente. Razón se tenía, desde luego, para pensar así: los mandos del ejército español eran en su inmensa mayoría antiguos combatientes de la Guerra Civil y defensores a ultranza del régimen de Francisco Franco. El enorme prestigio social del que gozaron en la dictadura les hacía olvidar los sueldos ridículos que cobraban o los pisos que se les ofrecían, pequeños e incómodos. Los militares que se definían como demócratas no eran creídos y prevalecía sobre ellos el juicio general que se hacía sobre todo el ejército y sobre la policía o la guardia civil. Y si se miraba a otros ejércitos, la cosa no cambiaba mucho. En toda América del Sur los ejércitos multiplicaban las asonadas fascistas pro-estadounidenses y trataban a sangre y fuego a los izquierdistas de aquellos países. El ejército de los Estados Unidos invadía, sojuzgaba, asesinaba en Asia y África. La OTAN era el perro de defensa frente a la amenaza roja. En fin: el ejército era un instrumento del fascismo.

Además de los izquierdistas de nuevo cuño, estaban los militantes que habían luchado contra el franquismo: las víctimas de la dictadura, represaliados, humillados y vencidos. Su visión era muy uniforme y se basaba en los preceptos aprendidos en los años treinta, muy ligados a la visión izquierdista inicial, con un proletariado masivo y explotado frente a una gran burguesía explotadora. Estos militantes solían ser poco transigentes y dejaban poco margen a la duda. Había que hacer las cosas rápidamente y encaminarse hacia un reparto de los bienes y la búsqueda de una paz internacional. A estos militantes se les tenía un respeto reverencial y se les escuchaba con mucha atención. Los aplausos para Federica Montseny o para Dolores Ibárruri eran la envidia de todos los políticos. Sin embargo, dudo que se les tuviera muy en cuenta a la hora de tomar decisiones, ni siquiera a la hora de tomar posturas personales ante algún suceso de la realidad. Esa realidad debía de ser necesariamente distinta de la que ellos imaginaban, o por lo menos la interpretación se basaba en conceptos nuevos que ellos no podían tener aprehendidos.

Había una creencia en una mano negra que manejaba el mundo. Se trataba de un auténtico poder fáctico, cuyo rostro permanecía secreto. Un reducido grupo de personas, políticos de las grandes potencias y financieros de los más ricos del mundo, que se juntaban a decidir si estallaría una guerra, si bajaría el precio del café, si se invadiría un país, si se haría extender una epidemia en una región de África, si el avión de tal o cual persona sufría un accidente, etc. El militante izquierdista debía desenmascarar allá donde se pudiera las acciones de esta mano negra, dando por segura su existencia. Cualquier evento sospechoso podía achacarse a una decisión de este tipo. Incluso la muerte de una princesa de Gales separada de su marido.

Había muchas más cosas que podían identificar a un izquierdista, claro está. Las lecturas, los gustos, la manera descuidada de vestir, la barba al estilo de los viejos Bakunin o Marx. Si uno defendía todos estos puntos de vista, no había duda: era de izquierdas. En caso contrario, tampoco había duda: era de derechas. Un profesor italiano preguntó a una colega su opinión acerca de un asunto político de actualidad. La profesora le dijo que ella no se interesaba por la política y que no podía contestarle. Él entonces le dijo: "Cuando alguien dice que no le interesa la política, es que es de derechas". Puede que sea cierto, no lo niego. El caso es que si alguien era de izquierdas era comprometido y si uno no era comprometido, es que era de derechas. Los términos del compromiso, por cierto, no estaban muy claros, porque podía ser que uno se comprometiera con una organización política y fuese un muy activo militante, incluso puede que el compromiso no llegase ni a eso.

Es más difícil unificar la idea que tenían los izquierdistas en aquellos años setenta sobre la organización del estado y sobre la organización social. La dificultad estriba sobre todo en que aquí sí había más diferencias de una tendencia a otra y también de un individuo a otro. Muchos pensaban en una gran revolución social que estableciera un nuevo régimen político, pero no sé si muchos la defendían o la esperaban. Un amigo mío, militante comunista leninista, me confesaba que en su imaginación había visto ya muchas revoluciones en España: unas comenzaban por un golpe militar al que el pueblo respondía, otras eran comenzadas a partir de un conflicto en una gran industria, en otras los estudiantes tomaban los resortes del poder y los ponían a disposición de los dirigentes comunistas. El caso es que, aparte de este amigo mío, en los partidos de inspiración comunista se hablaba de revolución como un instrumento político real que tarde o temprano llegaría, pero cuyo momento no era nunca el apropiado.

Creo que eran más numerosos los que no contemplaban la revolución como camino. Se hablaba de una transformación de la sociedad, término

éste que obviaba lo de la revolución pero llevaba al mismo punto, así que era bastante más atractivo porque no suponía violencia alguna. Debemos tener en cuenta que por aquellos años todos éramos hijos de la Guerra Civil y que las historias de esa guerra habían alumbrado las noches de nuestra infancia. La violencia se identificaba más con la derecha: con las intervenciones de los Estados Unidos por el planteta, con las dictaduras sudamericanas, con los grupos ultraderechistas, en especial cuando Franco ya había muerto. Los fascistas mostraban siempre su lado más violento e inamovible. El Partido Comunista de España se esforzaba en asociarse con colorines, con flores, con canciones, con fiestas multitudinarias en las que todo era cordial.

Una vez que se instauró el régimen democrático, todos lo aceptaron sin pestañear. No hay más que ver las papeletas de los partidos que se presentaban a la generales: casi todas las formaciones se presentaron e hicieron campaña, las múltiples subdivisiones de Falange Española tanto como los mil grupos revolucionarios populares comunistas que había. Se renunció a la revolución en cuanto se pudo, quizá por ese miedo inconsciente que se tenía a la violencia social, a la guerra. Sólo quedaron fuera las formaciones anarquistas, en especial el sindicato CNT. La consecuencia más rápida fue la pérdida de militancia y de presencia social de estas tendencias, reducidas cada vez más al ámbito de los jóvenes inconformistas radicales.

Es importante darse cuenta de que entonces no existía el concepto de globalidad que hay hoy. Cualquier movimiento político se circunscribía a las fronteras de un país y desde él se podía extender a los vecinos y formar un bloque, como había sucedido con la URSS. Las situaciones que se contemplaban eran siempre nacionales, es decir que nadie pensaba los cambios sociales rápidos se pudieran producir en dos países a la vez u en un continente entero. El ejemplo de París en 1968 era ésto, pues los desórdenes de mayo hicieron ciertamente cambiar o modernizarse a las estructuras de la República de De Gaulle, pero no modificaron absolutamente nada en Inglaterra o en España.

Sin la revolución como horizonte, el ideal de organización política perdió mucho protagonismo en el debate. La alternativa real en el mundo de la izquierda eran el bloque soviético y Cuba. Muy pocos lo conocían por dentro. En realidad, muy pocos se interesaban por la manera de organización política de esos países y creo que eran poquísimos los que esperaban que algún día hubiese aquí una presencia de un partido izquierdista en el poder que impregnase por ley todas las instituciones del estado.

Sí que existía una idea política, pero más bien era la de la misma democracia que se había instaurado, de tal manera que la Constitución de 1978 recogió bien el pensamiento político de la izquierda moderada y más adelante se ganó para su defensa a la izquierda radical.

La transformación social se había conseguido en el terreno político, pero aún queda conocer la idea general de sociedad que una persona de

izquierdas podía tener en aquellos años. El abanico se abre también aquí, pues no creo que pensara lo mismo un socialista que un leninista o un anarquista.

El bosquejo de ese pensamiento social tendría varias caras. Una de ellas es la igualdad de oportunidades, procurando que el origen familiar o geográfico de un ciudadano no condicionase su acceso a la sociedad. Cualquier mecanismo que se estableciese para lograr esto era saludado con alegría y cualquier cosa que pudiese ser un obstáculo se rechazaba. Por poner un ejemplo, las universidades privadas eran vistas como instituciones que basaban su calidad en la desigualdad, al seleccionar por el nivel económico a sus alumnos, y por ello eran execrables. Lo mismo podía decirse de toda la enseñanza en manos privadas. Por el contrario, la inversión en educación pública debía ser siempre creciente y nunca suficiente.

Los obreros, los empleados, a través de los sindicatos, debían tener un papel protagonista en la dirección de las empresas, poniendo el bienestar laboral y la calidad de los puestos de trabajo por delante de la ganancia dineraria, entendida como la parte que se llevaban los propietarios. Estos empresarios, los burqueses, deberían dejar las empresas en manos de los sindicatos y convertirse ellos mismos en asalariados.

Las grandes empresas y las empresas multinacionales eran los cuerpos de ejército del capital y de la derecha. Su presencia no era bien vista y se prefería contar con empresas más pequeñas. Decir de una empresa que era una multinacional era como dejar en sospecha sus procedimientos, su política laboral, sus actuaciones en otros países, etc.

En lo internacional, había que apartarse de los Estados Unidos. Su presencia en cualquier país se entendía como imperialismo. Todo lo americano se despreciaba y se consideraba a los habitantes de los Estados Unidos poco más que pueblerinos sin ningún interés intelectual o preocupación social.

Por otro lado, había una serie de causas aquí y allá que era preciso defender: la lucha del Frente Polisario, del pueblo palestino, de los países sudamericanos que sufrían dictaduras pro-estadounidenses. Europa era vista con recelo, como un asilo de ancianos ricachones muy sosos y, seguramente, derechistas. España habría entrado en una organización de países que sufrían cualquier tipo de imperialismo americano o de sátrapas del imperio americano. Se percibía a España como un país pobre, pero sin vocación de ser un país rico, sino más bien con ganas de alinearse con los demás países pobres. Por eso mismo se miraba más al Mediterráneo que a la Europa del norte. No se veía muy claro que hubiera que entrar en el Mercado Común Europeo como parte del camino hacia la meta final.

Lo del bloque soviético más Cuba no se entendía como sociedades atormentadas y se quería ver la represión que sufrían sus ciudadanos como la lucha por su defensa que toda revolución debe mantener. En esos países,

los obreros no eran explotados porque no había patronos, sino que las empresas tenían gestores del propio estado. Yo mismo participé en conversaciones en las que defendí aquel modo de vida que me parecía idílico. En cierta ocasión lo discutí a un conocido circunstancial que había visitado algunos de aquellos países y decía que sus ciudadanos tenían expresión de tristeza permanentemente. Yo, que no lo conocía de primera mano, lo defendí argumentando que allí no había la falsa alegría del consumismo capitalista y que el ser humano afloraba entonces tal como era.

La iglesia católica, como aliada del capitalismo, no era bien vista. Su papel en el régimen franquista la dejaba fuera de dudas. Se sospechaba de ella y en la nueva sociedad sobraba. Sobraban por extensión todas las confesiones religiosas. Junto con ellas, sobraban también los fascistas, que deberían irse lo más lejos posible. Las cárceles podían ser un buen destino para todos ellos.

En general, por huir de la sociedad capitalista y consumista, se volvían los ojos a lo rural. Esa vena era tocante con los hippies. Se veía bien la medicina alternativa (la propuesta contra las multinacionales de la medicina), la vida natural (lejos de la alienación del hombre en el mundo capitalista), las sociedades más espirituales que la occidental (en especial el mundo hindú y la idealización del refinamiento árabe medieval).

En lo cultural, cualquier manifestación de arte debía ser comprometida con los ideales de la izquierda. O por lo menos su autor. Lo que estaba fuera del compromiso social, era producción capitalista. Ya he puesto algún ejemplo del campo de la canción popular, en el que había una larga serie de cantantes mediocres o malos que se atendían por ser de izquierdas, mientras se despreciaba a otros cantantes de mediana calidad vocal, poética o musical (en mi valoración propia, valdrían como ejemplo Raimon con su *Al vent* frente a muchos éxitos de Camilo Sesto o Nino Bravo).

Ser de izquierdas era, según todo esto, muy fácil. Se tomaban esas posturas ideológicas y se defendían en todas las conversaciones. Había pocas ambigüedades, pocos territorios resbaladizos. Uno decía que era comunista y ya lo demás le venía dado. Otro decía que anarquista y ya se sabía lo que iba a defender.

Y sin embargo, ocurría que podía uno decir muchas cosas sobre lo que pensaba o sobre la sociedad utópica que se imaginaba, pero el día a día circulaba por caminos distintos. Desde muy temprano, fui especialmente sensible a lo frágiles que se volvían los ideales muchas veces. Así, por ejemplo, el ideal de justicia o de equidad. No se trataba igual una misma situación dependiendo de cuál fuese su causante o su paciente. En cierta ocasión, siendo yo de quince años y estando al comienzo de esa toma de conciencia política, me ocurrió algo que me sorprendió. Yo sentía simpatía por las consignas del comunismo y mi círculo de amistades se acercaba a la

UJCE, las juventudes del PCE. Conocí a un militante que hizo una exposición pública de sus poemas. Como supo que yo también escribía poesía, quiso leer mis poemas. En un encuentro posterior hablamos largamente de poesía, de política, de utopía y de compromiso. Él tenía el papel de maestro y yo el de iniciado. Entonces yo le hice ver que en sus poemas, como en muchos otros de por entonces y en muchas canciones que se escuchaban, se proclamaba que no podía haber perdón para los crímenes contra el pueblo, pero que por otro lado se exigía que hubiese una amnistía que sumiera en el olvido los delitos, incluso de sangre, cometidos desde el otro lado. A la vez, también se justificaban constantemente supuestos crímenes como las deportaciones de disidentes en la URSS. Él entonces usó el argumento que tantas veces he oído después: es que no es lo mismo, hay cosas que no se pueden perdonar.

Más adelante, vi que los compromisos y los ideales que se asumían sin reservas, no tenían nada que ver con lo que uno hacía en su cada día. Había muchos compañeros militantes que se reconocían entusiastas de los aparatos de música y hacían lo necesario para comprar un buen equipo. Esto era, yo lo veía así, un simple ejercicio de consumismo capitalista.

Años más tarde, cuando se debatía mucho sobre la tarea histórica de España en la colonización de América, mis compañeros se ponían indefectiblemente de parte de los pueblos pre-colombinos y achacaban a los españoles un papel cercano al genocidio. Yo me oponía, diciendo que las sociedades indígenas no eran en absoluto paraísos de la utopía, que algunos de esos imperios eran potencias regionales extendidas a base de masacrar a otros pueblos, que sus sociedades eran muchas veces teocracias clasistas nada defendibles por un socialista.

Mario Benedetti pronunció una conferencia a la que asistí. Él habló de la dictadura en Uruguay y luego ilustró la charla con ejemplos de las dictaduras de Argentina y de Chile. Un asistente intervino reconociendo lo escandaloso de las denuncias de Benedetti, pero le preguntó su opinión sobre el hecho de que José Lezama Lima estuviese postergado, preso, perseguido y públicamente denostado en Cuba. Ante la negativa del uruguayo a aceptar el paralelo, el asistente insistió varias veces con otros nombres de escritores cubanos encarcelados. Se le abucheó y se dictaminó que era un facha. Yo me esforcé por entender la diferencia entre un caso y otro, pero la verdad es que me costó mucho.

Parecía que sólo yo veía las contradicciones entre lo que estusiásticamente se defendía como ideal social y la opinión que se tuviera de lo que la realidad te ponía delante. Como el ideal teórico era mucho más importante que la anécdota histórica, nunca se tenía el más mínimo problema en defender como justa una situación injusta.

Mi formación personal, antes de atender a estas cuestiones ideológicas, era muy humanista. Uno de mis grandes iluminadores había

sido el alemán Hermann Hesse. Su interés por el hombre como ser sensible y por la necesidad de encontrar una sociedad basada en ese ideal humano estaban en mi almarío con un peso esencial. Los viejos presupuestos comunistas decían basarse en un nuevo hombre, libre de ataduras, sujeto consciente de su realidad histórica, director de su propio destino. Sí, pero todo eso estaba supeditado a lograr primero una sociedad que estaba descrita hasta en sus más mínimos detalles. Y esa sociedad, llegado el caso, podía enviar a uno de esos hombres a la cárcel por pensar que algo estaba fallando: el único fallo era él. O sea, que el proyecto colectivo no puede jamás equivocarse, pero el hombre a solas sí. El hombre según las necesidades de la sociedad, ese era el ideal. Justo lo contrario de la sociedad de hombres de los libros de Hesse.

Con todo esto, me fui alejando de los comunistas. Pero cada vez tomaba más conciencia política en la izquierda. Para mí la izquierda era donde estaba la utopía, el ideal de justicia y de reparto de bienes, la preocupación por el débil. Yo estaba ahí con más fuerza cada vez.